

HOPE

No sabía por qué precisamente ahora se había puesto a pensar en ello,

pero empezó a recordar los días felices en que veían todos juntos por la tele que había en su aldea, los programas de otros países extranjeros, de los países del Norte.

Sentía envidia sana de ellos, se les veía tan felices,

le llamaba mucho la atención que siempre estaban rodeados de cientos de cosas bonitas, coches, casas, comidas estupendas, ropa lujosa.

A Sahib le sorprendía verles muchas veces tan abrigados, quizás por el hecho de que en su país siempre hacía mucho mucho calor, por eso le hacía también mucha gracia ver esas pieles tan blancuchas cuando iban correteando por ahí en bañador.

Bajó con infinita delicadeza la mortaja que envolvía a su pequeño Omar al fondo del diminuto hoyo que habían improvisado en medio de aquel desierto sin nombre,

descubrió brevemente la manta de colores en la que habían enrollado el cuerpo del pequeño para darle un último adiós,

un último beso en su infantil cara, que empezaba a mostrar ya los rigores de la muerte.

No tenía más tiempo que perder, pues tenía otros cuatro hijos a los que salvar de la terrible garra de la hambruna y la guerra, y aún eran muchos los kilómetros que debían recorrer hasta llegar al campamento Hope que las Naciones Unidas habían montado a las afueras de Mogadiscio.

Sentía rabia por todo lo que estaban pasando,

una rabia resignada, secular, contra nadie y contra todos,
una sensación de que aquello que les estaba pasando era muy
injusto,

No sabía por culpa de quien, pero sí que por culpa de alguien ellos
estaban sufriendo las más horribles consecuencias fruto de
decisiones viles y equivocadas,

que alguien les tendría que haber ayudado a él y a su familia antes,
mucho antes de haber enterrado a dos hijos, y de que su hija se
hubiese quedado ciega.